BOLETÍN
DE LA BIBLIOTECA
DE
MENÉNDEZ PELAYO

LA GENERACIÓN DEL 27 Y EL ARTE TOTAL:
NUEVAS PERSPECTIVAS

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. *«Tus pasos están llenos de caminos»: un siglo de diálogo entre el* Boletín *y la Generación del 27 y una nueva parada*

Año CII-3 Enero-Diciembre 2026

SANTANDER

Raquel Gutiérrez Sebastián
«Tus pasos están llenos de caminos»: un siglo de diálogo entre el *Boletín* y la Generación del 27 y una nueva parada
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. CII/3, 2026, 7-14
https://doi.org/10.55422/bbmp/1313

«TUS PASOS ESTÁN LLENOS DE CAMINOS»: UN SIGLO DE DIÁLOCO ENTRE EL *BOLETÍN* Y LA GENERACIÓN DEL 27 Y UNA NUEVA PARADA

Raquel GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
Universidad de Cantabria
ORCID: 0000-0002-1170-6098

El verso de «Largo Lamento» de Pedro Salinas que encabeza estas páginas nos ofrece una imagen poética potente para repensar lo que supone este número extraordinario en la trayectoria de nuestra revista: la de un camino que no se agota en lo recorrido, sino que se prolonga en nuevas posibilidades de lectura y conocimiento.

El centenario de la generación del 27 nos invita a volver sobre uno de los episodios más fecundos de la literatura española contemporánea. El *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, que ha superado ampliamente su primer siglo de vida, no podía dejar de prestarle una atención especial. No se trata solamente de sumarse a una conmemoración que, con toda justicia, moviliza a instituciones, investigadores y lectores. Para nuestra revista, volver al 27 supone también regresar a una parte de nuestra propia historia: a los nombres que firmaron sus páginas, a las cuestiones que suscitaron sus trabajos y a las sucesivas lecturas críticas que han mantenido viva aquella experiencia literaria.

Fundado en 1919, el *Boletín* nació cuando muchos de los escritores que después serían incluidos en el grupo o generación del 27 estaban dando sus primeros pasos. Esta coincidencia cronológica tiene una significación particular. La revista no contempló desde la distancia un fenómeno ya consagrado, sino que fue contemporánea de su formación y acogió aportaciones de algunos de sus protagonistas, aunque de un modo un tanto discontinuo. Por eso, el número que presentamos puede leerse como una nueva aportación crítica y un homenaje, pero también como un ejercicio de memoria editorial: la oportunidad para reconocer la continuidad entre la investigación filológica de ayer y las preguntas que nos formulamos hoy.

Gerardo Diego ofrece un ejemplo elocuente de esa relación temprana. Ya en 1919 publicó «Los primeros versos de Núñez de Arce» (pp. 189-198), y en 1923 el *Boletín* dio cabida a sus «Sonetos» en la sección de literatura contemporánea (pp. 158-160). La doble condición de poeta y estudioso, de creador atento a la experimentación y lector minucioso de la tradición, resulta especialmente representativa de una generación que nunca entendió la modernidad como una ruptura simple con el pasado. El poeta santanderino volvió a nuestras páginas en 1931 con «Menéndez y Pelayo y la historia de la poesía hasta el siglo XIX» (pp. 115-139), y continuó colaborando durante décadas con estudios sobre Jovellanos, Carolina Coronado, Tagore o Concha Espina. Su trabajo «Almas paralelas: Marcelino y Enrique», publicado en 1958 (pp. 105-132), recuerda, además, la singular cercanía entre Gerardo Diego y el universo intelectual propio de nuestra revista.

No menos expresiva es la presencia de Dámaso Alonso. Su estudio «Góngora y la literatura contemporánea», aparecido en el volumen extraordinario de 1931-1932 (pp. 246-284), sitúa en el centro de la reflexión una de las claves fundamentales del 27: la recuperación creadora de la poesía gongorina. El tricentenario de la muerte de Góngora, en 1927, se convirtió en un símbolo generacional, pero aquella reivindicación fue mucho más que una efeméride. Supuso reconocer en la complejidad verbal del Barroco posibilidades de renovación para la poesía del presente. Que el

Boletín acogiera esa reflexión permite apreciar la naturalidad con que podían encontrarse en sus páginas la erudición histórica y las preocupaciones estéticas contemporáneas. Años después, Alonso publicaría también «¿Tradición o poligénesis?» (1963, pp. 5-27), testimonio de la amplitud de sus intereses filológicos.

La relación de la revista con los escritores del 27, sin embargo, no estuvo exenta de discontinuidades. Como ha puesto de manifiesto Ángel L. Prieto de Paula en un esclarecedor estudio publicado con ocasión del centenario de nuestra publicación (2019), su orientación preferentemente histórica y filológica explica que la atención a la creación contemporánea fuese inicialmente limitada y que el reconocimiento crítico de aquella generación se produjera de manera gradual. Ello no impidió que algunas figuras estrechamente vinculadas al *Boletín*, como Gerardo Diego, Dámaso Alonso o José María de Cossío, desempeñaran un papel significativo en la configuración de la nueva sensibilidad literaria. Especialmente reveladora resulta la intervención de Cossío, junto a Diego, Jorge Guillén y Miguel Artigas, en el clima intelectual que propició la recuperación de Góngora. La historia de estas relaciones, más que la de una presencia constante, es la de un diálogo desarrollado con diferentes intensidades, en el que la investigación erudita y la modernidad poética encontraron puntos de convergencia particularmente fecundos.

José María de Cossío ocupa, por su parte, un lugar singular en esta historia compartida. Su vinculación con el ambiente literario del 27, con Gerardo Diego y con la cultura de Cantabria no debe hacernos olvidar la amplitud de su tarea intelectual, en la que es relevante su labor como director del *Boletín* y sus trabajos como investigador. Desde los «Romances recogidos de la tradición oral en la Montaña», publicados por entregas de 1919 y 1920, hasta sus estudios sobre Lope, Quevedo, el romancero o la literatura decimonónica, Cossío convirtió al *Boletín* en uno de los cauces de una investigación sostenida. Entre sus colaboraciones figuran también «Rubén Darío y Menéndez Pelayo» (1926, pp. 316-319), «La historicidad de Peñas arriba» (1933, pp. 108-121) y la extensa serie «Correspondencias literarias del siglo XIX en la Biblioteca de Menéndez Pelayo», desarrollada entre 1929 y 1935. Su presencia recuerda que el horizonte del 27 no se agota en un repertorio de

poetas: comprende asimismo redes de amistad, mediación cultural, estudio de los clásicos y recuperación de documentos.

La relación entre Diego y Cossío quedó, además, expresamente registrada en la revista cuando Carlos González Echegaray dedicó a ambos el artículo «Dos montañeses en la Real Academia» (1948, pp. 291-293). Este detalle permite advertir la importancia de la dimensión local en una historia que es, al mismo tiempo, nacional e internacional. Desde Santander y desde la tradición de estudios vinculada a nuestra publicación se establecieron interlocuciones con los movimientos más renovadores del siglo XX. La fidelidad al patrimonio literario y la apertura a las nuevas formas de creación no fueron tareas excluyentes, sino actividades capaces de enriquecerse mutuamente.

La atención del *Boletín* a la generación del 27 no concluyó con las colaboraciones directas de sus protagonistas. En sus volúmenes posteriores se fue construyendo una tradición crítica que acompañó la transformación del propio canon. Prieto de Paula ahondó en el trabajo anteriormente citado en esta tradición crítica sobre el 27 en nuestra revista y señaló que se iniciaba en 1960, con el estudio de José Rodríguez Richart sobre el teatro de Pedro Salinas (pp. 397-427), el primer artículo propiamente dedicado a la obra de un integrante del 27, dejando aparte las colaboraciones de los propios escritores de la generación, las reseñas y las referencias ocasionales. Años más tarde Máximo González Marcos estudió la visión del mundo en Jorge Guillén (1980); Armando López Castro abordó la aventura poética de Federico García Lorca (1990) y el universo interior de Manuel Altolaguirre (1994); José Manuel Blecua volvió sobre Cántico, de Guillén (1994), y Francisco Abad examinó textos e ideas de Dámaso Alonso (1998). A estas contribuciones se sumaron, entre otras, las dedicadas a Rafael Alberti por Francisco Javier Díez de Revenga (2001) y Leopoldo Rodríguez Alcalde (2009), a Lorca por José Manuel Pedrosa (2012), a las relaciones del 27 con Luis Felipe Vivanco por Andrés Romarís Pais (2013) o las cartas de Gerardo Diego conservadas en el Ateneo de Santander y estudiadas por Mario Crespo López (2024).

Esa continuidad también ha favorecido una comprensión más amplia de los límites de la etiqueta generacional. Los estudios sobre Juan Larrea, José Bergamín, Francisco Ayala, Ernesto Giménez Caballero o María Zambrano, presentes asimismo en el recorrido de nuestra revista, invitan a pensar el 27 no como una lista cerrada de autores, sino como un espacio cultural complejo, atravesado por géneros, disciplinas, posiciones estéticas y trayectorias vitales diversas. A ello se añade una revisión imprescindible: la recuperación del papel desempeñado por las escritoras, artistas e intelectuales que durante demasiado tiempo quedaron al margen de los relatos más difundidos de aquel periodo. Revisar el canon no significa desdibujar sus grandes figuras, sino restituir la pluralidad de voces que contribuyeron a hacer posible aquel momento.

En este contexto se inscribe el volumen monográfico que ahora ofrecemos, «La generación del 27 y el arte total: nuevas perspectivas», coordinado por Renata Londero. Sus trece trabajos, debidos a investigadores de distintas generaciones y procedencias, comparten una preocupación especialmente fructífera: examinar los intercambios entre los lenguajes artísticos. La relación entre poesía y pintura, la presencia de la música en la escritura, las correspondencias entre teatro y artes visuales, o el diálogo de la literatura con el cine permiten observar el 27 desde una perspectiva que desborda las divisiones convencionales entre disciplinas. El prólogo de la coordinadora presenta con precisión cada una de las contribuciones; me corresponde simplemente en estas páginas destacar su inserción en la trayectoria de la revista y el sentido conjunto de la propuesta.

El presente número monográfico constituye una nueva etapa en ese largo camino compartido. No inaugura la relación del *Boletín* con la generación del 27, ni pretende clausurarla con ocasión de su centenario, sino que aspira a prolongar un diálogo que comenzó con las colaboraciones de algunos de sus protagonistas y que hoy encuentra nuevas formas de expresión en las investigaciones reunidas en estas páginas. La continuidad no implica repetición: cada generación de estudiosos descubre otros problemas, establece relaciones antes inadvertidas y ensancha el

horizonte de lectura de unas obras cuya vitalidad sigue interpelándonos.

A mi parecer, uno de los principales valores de este volumen reside en su capacidad para cuestionar una interpretación de la generación del 27 construida fundamentalmente a partir de la poesía y de las relaciones entre un conjunto relativamente reducido de escritores. Los trabajos reunidos en este monográfico permiten reconocer una realidad cultural más heterogénea, en la que la creación literaria se desarrolla en estrecha relación con las transformaciones de la sensibilidad artística y con las nuevas formas de representación de la modernidad. Desde esta perspectiva, este volumen contribuye a desplazar la atención desde las individualidades creadoras hacia los procesos de intercambio, colaboración y experimentación que caracterizaron la vida cultural de las primeras décadas del siglo XX. No se trata únicamente de ampliar el repertorio de autores y obras estudiados, sino de reconsiderar las categorías con las que tradicionalmente se ha explicado aquel momento de extraordinaria efervescencia intelectual.

Resulta asimismo especialmente valiosa la atención prestada a las condiciones materiales y culturales de la creación artística. Las obras literarias no se conciben aquí como realidades aisladas, sino como manifestaciones que participan de una cultura visual, sonora y escénica en plena transformación. Esta perspectiva invita a reconsiderar el papel de los espacios de sociabilidad, las iniciativas editoriales, los espectáculos y las nuevas formas de comunicación en la configuración de las propuestas estéticas del periodo. Permite también advertir que la modernidad del 27 no consistió exclusivamente en la incorporación de procedimientos vanguardistas, sino en una profunda reconsideración de las posibilidades expresivas del arte y de su relación con el público. En este sentido, el volumen ofrece elementos para comprender mejor la complejidad de un momento histórico en el que la experimentación artística convivió con la recuperación de tradiciones culturales anteriores y con una intensa reflexión sobre sus posibilidades de renovación.

Desde el punto de vista de la investigación literaria, las contribuciones de este monográfico ponen de manifiesto la fecundidad de una aproximación que combina el rigor filológico con la apertura a otros métodos y objetos de estudio. La lectura de las obras se enriquece cuando incorpora testimonios documentales, materiales gráficos, experiencias escénicas y manifestaciones culturales que permiten reconstruir los contextos de producción y recepción. Esta ampliación de las fuentes no supone abandonar los fundamentos de nuestra disciplina, sino fortalecerlos mediante preguntas que difícilmente podrían formularse desde una concepción exclusivamente textual de la literatura. Para el *Boletín*, cuya trayectoria ha estado estrechamente vinculada al estudio histórico y crítico de las letras españolas, acoger estas investigaciones significa reafirmar una tradición de exigencia científica que encuentra en la renovación de sus perspectivas una de sus mejores formas de continuidad.

Otro aspecto que merece destacarse es la dimensión internacional de este número monográfico, que reúne las aportaciones de investigadores españoles e italianos especializados en la literatura y la cultura del siglo XX. La participación de reconocidos especialistas, con una sólida trayectoria científica en sus respectivos campos, junto a jóvenes investigadores que aportan nuevas perspectivas críticas, constituye una de las fortalezas del volumen. Esta confluencia de generaciones, escuelas y tradiciones académicas favorece un diálogo enriquecedor y confirma la vigencia de la generación del 27 como objeto de estudio más allá de nuestras fronteras. Al mismo tiempo, pone de relieve la importancia de las redes internacionales de investigación y de la colaboración entre universidades y centros de investigación para avanzar en el conocimiento de nuestro patrimonio literario. Para la revista, acoger estas voces supone también reafirmar su vocación internacional y su condición de espacio de encuentro para el hispanismo, una dimensión que ha acompañado a la publicación a lo largo de su dilatada trayectoria.

Quiero expresar nuestro más sincero agradecimiento a Renata Londero por haber asumido con generosidad, rigor y entusiasmo la coordinación de este número monográfico. Su criterio científico y su dedicación han hecho posible reunir

perspectivas diversas en torno a un proyecto intelectual coherente. Mi gratitud se extiende igualmente a todas las investigadoras y todos los investigadores que han contribuido con sus trabajos a estas páginas, así como a quienes han participado en su evaluación y preparación editorial. Gracias a su esfuerzo colectivo, el *Boletín* puede sumarse a esta conmemoración con una aportación que, lejos de limitarse a la evocación del pasado, invita a seguir leyendo, estudiando y reconsiderando la riqueza creadora del 27.

Este volumen no es, por tanto, un punto de llegada, sino una nueva etapa en la trayectoria de una revista que ha sabido convertir la memoria literaria en materia viva de investigación. Desde su fundación, nuestra revista ha asumido la tarea de estudiar, conservar y transmitir la literatura, sin renunciar a renovar los instrumentos con los que la interpretamos. Los caminos abiertos por quienes nos precedieron encuentran aquí nuevas prolongaciones. Y acaso sea esa la mejor manera de celebrar el legado del 27: no limitarse a contemplar las huellas del pasado, sino continuar avanzando por los caminos que aquellas hicieron posibles.